

LA CUEVA

Juan me contó que la idea de celebrarlo yendo de nuevo a la cueva se le ocurrió a él, aunque no estaba seguro. Lo cierto es que la propuesta fue aceptada de modo inmediato y unánime, como si todos hubiesen pensado en ello antes de que alguien, fuera quien fuese, la plantease.

Los cinco amigos iban a cumplir los cuarenta. En los tiempos del instituto eran inseparables, pero después la vida los llevó a cada uno por caminos distintos. Entonces, más de veinte años después, una casualidad juntó a Tomás y Adolfo en una convención de ventas. Un par de llamadas telefónicas y alguna búsqueda en la red bastaron para localizar al resto.

Se citaron en un bar del centro. Pese a algunas canas, se vieron bien: de hecho, experimentaron cierto orgullo de grupo al ver que ninguno de ellos había sucumbido a los embates del tiempo y que todos conservaban un aspecto razonablemente juvenil. Juan, en particular, vio en aquella resistencia al envejecimiento una muestra de fidelidad al pasado.

Lo pasaron bien aquella tarde: con sorprendente naturalidad retomaron la antigua complicidad y hablaron durante horas de lo antiguo y lo nuevo, de los viejos y comunes recuerdos y de sus respectivas biografías en solitario. Fue Tomás el que mencionó que era aquel el año en el que iban a cumplir los cuarenta. Fue Manu el que sugirió que hiciesen algo juntos para celebrarlo. Fue Javier el que se negó a una fiesta convencional y habló de hacer algo realmente especial. Y fue Juan, según él mismo cree recordar, el que propuso volver a la cueva, aunque bien pudo ser idea de otro.

Los padres de Manu habían alquilado una casa en un pueblo de la sierra para las vacaciones. Como no iban a utilizarla durante todo el verano le permitieron a Manu que llevase allí unos días a sus amigos.

Lo pasaron genial: de día exploraban los alrededores. Por la tarde escuchaban a Led Zeppelin a la sombra de una parra mientras bebían coca-cola con coñac. Y por la noche, con el canto de los grillos de fondo, hablaban de la vida y la muerte, del tiempo y el infinito. Y de chicas.

No fue sin embargo hasta la tarde del último día cuando tuvieron noticia de la cueva por una conversación oída casualmente en el bar del pueblo: un lugareño que había perdido una cabra explicaba que, tras buscarla durante toda la tarde anterior, la había encontrado finalmente en la cueva de la Barranca Vieja. Cuando preguntaron por el lugar los nativos les dieron prolijas explicaciones de cómo llegar, incluida la descripción de la mancha en forma de media luna que sobre una roca señalaba con sus cuernos la boca de la cueva. Un rápido cruce de miradas bastó para acordar que esa misma noche irían de expedición.

Armados con linternas emprendieron la marcha hasta la Barranca Vieja, un antiguo cauce abandonado por las aguas y densamente poblado de árboles y maleza. Accedieron al pequeño barranco desde su parte alta, donde tomaron un camino que descendía

suavemente a lo largo de la pared. Alguien comentó que aquello era como sumergirse en un mar vegetal.

Antes de llegar al fondo del barranco, a media altura en realidad, encontraron la boca de la cueva. Si no llega a ser por las indicaciones de los lugareños les hubiese pasado completamente desapercibida una y mil veces que hubiesen pasado por allí, pues estaba completamente cubierta de arbustos. Pero una gran mancha de óxido con forma de medialuna les hizo gritar prácticamente al unísono “¡ahí, ahí está!”.

Sin apenas dificultad lograron atravesar el entramado de ramas y hojas y penetrar en la cueva. Apuntaron los haces de las linternas hacia el fondo y todo se llenó de luz, mostrándoles un pequeño pasillo de apenas cuatro o cinco metros formado por paredes de roca parda con manchas negras y algunas zonas brillantes. Antes de que les diese tiempo a sentirse decepcionados adivinaron al fondo un recodo hacia la izquierda.

Al doblar el recodo para buscar la abertura, la luz pareció derramarse por ella y diluirse en las tinieblas. Las linternas eran patéticamente insuficientes para iluminar por completo el lugar. Poco a poco, y con bastante emoción, se hicieron idea de su forma irregular y de sus considerables dimensiones. Pero el descubrimiento más delicioso consistió en darse cuenta de que la bóveda de la sala estaba literalmente tapizada por murciélagos, posiblemente miles de ellos. Solo después de verles allí, colgando boca abajo, y notar el palpitar de la colonia, empezaron a escuchar sus chirridos.

Decidieron continuar la exploración recorriendo la gran sala por su perímetro, bien pegados a la pared. Su avance era lento debido a la oscuridad y a lo irregular del terreno. Por eso, cuando encontraron un nuevo pasadizo, con un suelo mucho más practicable, se introdujeron en él sin dudar. Lo siguieron alegremente durante unos minutos hasta que desembocó en un pequeño espacio cerrado, aproximadamente circular, y con un agujero en la pared.

El agujero estaba a un metro del suelo y apenas si dejaba pasar el cuerpo de una persona. Al otro lado las linternas solo mostraban una sala parecida a la que ocupaban y el arranque de un túnel estrecho y de escasa altura.

Como todos se mostraron indecisos, el grupo optó por aprovechar la ocasión para fumar: se sentaron en unas piedras, apagaron las linternas y, alumbrados únicamente por los cigarrillos, disfrutaron del momento.

Juan no recuerda bien qué fue lo que llevó a Tomás a sacar el tema de la evolución: puede que estar en una cueva le hiciese pensar en los hombres trogloditas; y que verse allí rodeado de sus amigos le llevase a plantearse las diferencias entre aquellos cromañones y ellos mismos y después, por generalización, el proceso en sí de la evolución. Especulaciones aparte, Tomás planteó el tema como si le anduviese rondando por la cabeza desde tiempo atrás: “puedo entender por ejemplo lo del cuello de la jirafa –dijo-, puedo entender los pequeños cambios que llevan de un cuello corto a uno largo, incluso cómo unas aletas se pueden convertir poco a poco en patas, o al revés. Pero lo que no puedo comprender de ninguna manera es cómo se puede pasar gradualmente de la no conciencia a la conciencia”.

Conversaciones así podían durar horas sin que nunca jamás llegasen a ningún acuerdo. Sin embargo, aquella noche pasó algo inusual, porque pese a algunas réplicas y contrarréplicas, pronto les convenció Tomás de que la conciencia es algo asombroso, algo único que se escapa a las leyes que rigen el alargamiento del cuello de las jirafas.

Cuando Juan dijo “sí, ahora entiendo lo que quieres decir”, los cinco respiraron hondo, con la sensación de haber participado en algo importante.

El silencio que se produjo no les dejó más opción que enfrentarse de nuevo a aquel agujero que tenían frente a sí. Quien pasase el primero tenía que hacerlo a oscuras, porque al ser tan estrecho debería meter primero los brazos y luego la cabeza, y utilizar las manos para apoyarse en el suelo mientras introducía el resto del cuerpo. Por fin, Juan se ofreció voluntario, aunque con una condición: “si me aseguráis que también lo vais a hacer vosotros, no me importa entrar el primero”.

El túnel más que túnel parecía una gran madriguera: tras unos pocos metros de avanzar encorvados no tuvieron más remedio que tirarse al suelo y continuar reptando con brazos y piernas. El lugar no era en absoluto bonito: la luz de su linterna solo le permitía ver a Juan las paredes que le rodeaban, de un insulso color arena, y romper algo de la oscuridad que le esperaba por delante. Sin embargo, Juan se sentía terriblemente emocionado por estar allí, arrastrándose por el suelo a través de las mismísimas entrañas de la montaña.

De vez en cuando sintió la necesidad de parar para poder oír el avance de sus compañeros y confirmar así que seguían tras él. Fue en una de esas ocasiones cuando notó una vibración, al principio sutil, casi imperceptible, que se mantuvo constante durante unos segundos para empezar de pronto a intensificarse rápidamente hasta convertirse en un ruido ensordecedor. Cuando cayó Juan en la cuenta de lo que se les venía encima solo tuvo tiempo de gritar “¡son murciélagos!” antes de que el primero se estampase en su cara. Ocultó la cabeza entre sus brazos y esperó.

“¡Hijos de puta!”, se le oyó decir a Javier entre las risas excitadas del grupo de expedicionarios y el aleteo frenético de un puñado de murciélagos que pasaron en estampida por el escaso espacio que quedaba libre entre sus cuerpos y las paredes del túnel.

Cuando dejó de oírse la batahola vampírica, los cinco amigos, completamente ebrios, continuaron arrastrándose seguros de encontrar nuevas sorpresas.

Sin embargo, no fue así. Poco más adelante se toparon con grietas en el suelo a través de las cuales se podía ver que por debajo del pasadizo discurría en paralelo otra galería. Pese a todo siguieron avanzando, lo que les permitió comprobar que el suelo estaba cada vez más agrietado y que el túnel dejaba de serlo para abrirse en múltiples brazos con distintas inclinaciones. Por fin, en un lugar lo suficientemente ancho como para que se pudiesen reagrupar, observaron que de hecho no había un suelo claro por el que arrastrarse. Tras algunas deliberaciones, el miedo a perderse y a que aquello pudiese hundirse bajo su propio peso pudo con sus deseos de aventura y decidieron dar la vuelta.

Para su segunda expedición se hicieron con algunas cosas que pensaron podrían ayudarles: cascos de espeleología, hitos luminosos para marcar el camino de vuelta, un sencillo equipo de escalada...

Los cinco amigos repitieron paso a paso aquella noche de hacía veinte años. Gritaron al unísono “¡ahí, ahí está!” cuando vieron el creciente de óxido. Incluso retomaron, cuando llegaron al agujero de entrada al túnel, el tema de la conciencia, aunque esta vez sin cigarrillos que fumar. Juan actualizó el tema y defendió que la conciencia era un

epifenómeno del cerebro, un subproducto del funcionamiento de los distintos subsistemas cerebrales cuando se observan a sí mismos, y que se puede dar por tanto en infinidad de grados. Quería decir con ello que la conciencia sí era susceptible de selección natural, y de gradación. Sin embargo, pese a sus precisiones, en esta ocasión no hubo acuerdo, aunque a Juan le pareció que fue más por desinterés hacia el asunto que por verdadero desencuentro.

Tras repetir ritualmente la condición: “si me aseguráis que también lo vais a hacer vosotros, no me importa entrar el primero”, Juan inició también aquella segunda expedición.

Le decepcionó profundamente que los murciélagos no acudiesen a la cita, pero la tristeza se le pasó rápidamente al llegar al punto donde renunciaron a continuar la primera vez. En aquella primera bifurcación colocó dos marcas, una a cada lado de la galería, y siguió adelante, con la conciencia y la excitación de saber que a partir de allí todo era nuevo.

Vio Juan maravillas esa noche. Las aburridas paredes terrosas del túnel se volvieron de roca iridiscente. Descendió al segundo nivel y encontró un río subterráneo y una cascada cuyas aguas, al caer, recorrían un corto trayecto para desaparecer un poco más allá en una sima insondable. Encontró una pared de marga gris de la que sobresalían, como las pasas de un pastel, perfectos cubos de pirita dorada. Vio Juan, desde una galería, un lago de aguas transparentes. Y yacimientos de granates y racimos de turmalinas. Y, lo más sombrero, penetró en una geoda de cristales de amatista tan grande que desde su centro solo pudo contemplar las pirámides violetas a trozos, como si fuesen los aspectos de Espinosa.

Sí, vio Juan cosas maravillosas aquella noche, suficientes para hacer feliz al más aguerrido de los exploradores. Pero solo la mitad de Juan disfrutó de sus hallazgos, porque la otra mitad andaba preocupada por sus amigos, a los que había perdido no sabía cuándo.

Después, cuando salió de la cueva, no les encontró. Tampoco estaban sus coches.

Alberto

<http://sector17.epsilon.com>